

Reseña cruzada: la Sierra Norte de Puebla. Derrapes y traslapes de la etnografía

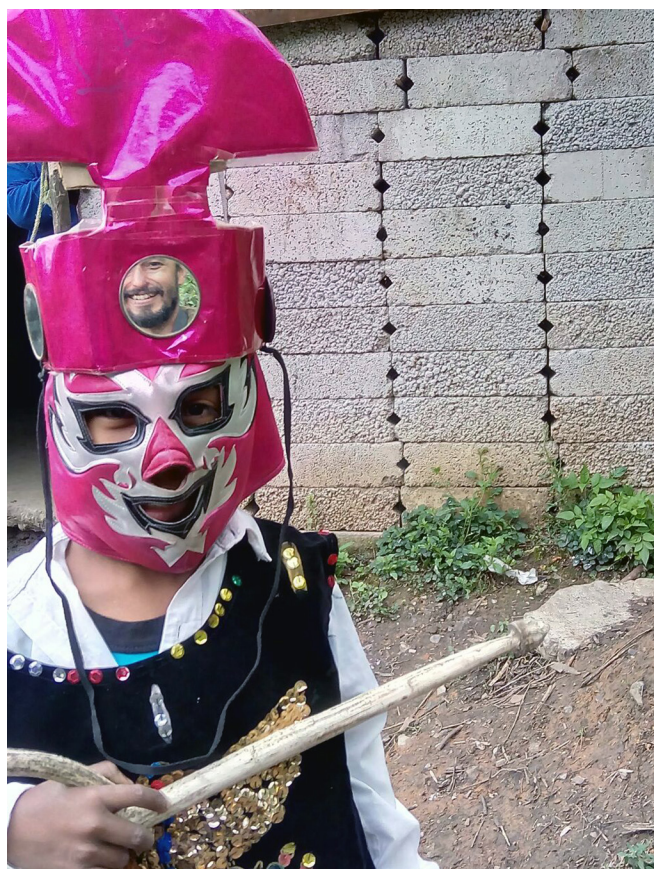
Israel Lazcarro¹

Masferrer, E., Mondragón, J. y J. Vences, (2010) *Los Pueblos Indígenas de Puebla: Atlas Etnográfico*. México, Gobierno del Estado de Puebla / INAH.

Millán, S., *et al.*, (2014) “Cosmovisión del mundo nahua” en Good, C. y M. Alonso Bolaños (coords.) *Creando Mundos, Entrelazando Realidades*, Vol. IV. México, INAH.

Valderrama, P. y M. Uribe, (Coords.) (2005) “Procesos de identidad y relaciones interétnicas en dos regiones indígenas de la Costa del Golfo” en *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. IV. México, INAH.

Igual que ocurrió en otros casos, durante los primeros años del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) se impuso sin mayores reparos la configuración de equipos etnográficos estatales que se asumieron como “regionales”. Veremos que tanto la “Sierra Norte de Puebla” como el “Totonacapan” o la “Huasteca” operan como mimbres regionales que, sin cuestionarse, quedaron sujetos a un contradictorio y caótico jaloneo al interior de dicho proyecto etnográfico, dejando como evidencia una miríada de textos dispersos escritos bajo múltiples perspectivas. En cada caso se ha concedido un peso distinto a los criterios desde donde estas *regiones* debían ser aprehendidas. Criterios ya de orden histórico como etnográfico que sirvieron ante todo para apuntalar estas regiones antes que cuestionarlas. Rara vez se discutió la naturaleza de las diferencias existentes entre áreas tenidas por regiones (si acaso en algún momento se advirtieron). Mientras tanto, la “Huasteca”, la “Sierra Norte de Puebla” y el “Totonacapan” se presentan como rótulos regionales que lo mismo se acogen como sinónimos, se subsumen unos a otros o de plano se excluyen entre sí.² En estas líneas nos vamos a limitar al caso de la Sierra Norte de Puebla, en virtud de la trayectoria que dicha región tiene en el PNERIM, y del ejercicio comparativo y de contraste que nos hemos propuesto



El Comanche. Tenango de Doria, Hidalgo, 22 de marzo de 2017. Autor de la foto: Leopoldo Trejo.

en relación con tres textos, entre los muchos que el PNERIM ha producido: por un lado el *Atlas etnográfico de los pueblos indígenas de Puebla*, coordinado por Elio Masferrer, Jaime Mondragón y Georgina Vences (2010), del cual privilegiamos la revisión de los “Estudios básicos”, donde en principio se marcó la pauta a seguir en la conformación de toda la obra. Queremos contrastar esta obra con el ensayo titulado: “Procesos de identidad y relaciones interétnicas en dos regiones indígenas de la Costa del Golfo”, coordinado por Pablo Valderrama y Manuel Uribe y escrito junto con sus colaboradores (Luis Morales, Elizabeth Peralta y Erik Castillo, 2005) para la línea de *Relaciones interétnicas e identidades indígenas*. Y por último, el ensayo “Cosmovisiones en el mundo nahua”, coordinado por

¹ Profesor investigador del Centro INAH Morelos, coordinador del Equipo Regional Huasteca Sur-Sierra Norte de Puebla del PNERIM. Correo de contacto: isralazcarro@yahoo.com.mx

² De ahí que en los últimos ensayos escritos por nuestro equipo quisimos hacer explícitas dichas diferencias (como por ejemplo, Lazcarro, 2016, y Lazcarro *et al.*, 2018).

Saúl Millán (2014) y escrito junto con su equipo (Alessandro Questa, Iván Pérez, Eliana Acosta y Bruma Ríos) para la línea de *Cosmovisiones y mitología*.

Debemos advertir que se trata textos redactados con finalidades muy distintas. En ninguno de ellos la *región* formó parte del eje de discusión teórica ni metodológica, ni los autores se detuvieron en ofrecer algún planteamiento crítico sobre el tipo de etnografía que debían realizar. Tampoco encontraremos aquí de manera explícita los presupuestos metodológicos desde dónde se abordó lo *indígena*. Sin embargo, en cada caso se pone de manifiesto un modo de hacer y entender cada una de estas categorías. Con todo, los autores y textos de los que aquí nos ocupamos revelan (quizá sin pretenderlo) los referentes conceptuales, epistémicos e ideológicos desde dónde emprendieron su trabajo de campo, delimitaron áreas de estudio y seleccionaron las voces representativas o ilustrativas de lo que buscaban demostrar. Encontramos en estos textos reflexiones sobre las identidades indígenas, las expresiones (sobre todo discursivas) que la gente suele formular en relación con su estatus étnico, pero siempre en el entendido de que los entrevistados fueron seleccionados en virtud de ser *indígenas* a juicio de los mismos etnógrafos.³ Tanto el texto coordinado por Pablo Valderrama y Manuel Uribe, como el ensayo coordinado por Saúl Millán, abordan precisamente la construcción de lo *indígena* bajo una lógica contrastiva, de modo que los indígenas son siempre en relación con los no indígenas, los mestizos o *coyomej*.

Sin embargo en el caso del texto coordinado por Saúl Millán, esa diferencia étnica se aborda desde el *giro ontológico* en la antropología de los últimos años (véase González, 2015), de modo que el contraste estructural entre lo indígena y lo no indígena se presenta más bien como un contraste entre lo nahua y lo no nahua, que se desdobra como un contraste ontológico entre lo humano y lo no humano, los seres domésticos y los animales del monte.⁴ Si bien cada uno de los cinco ensayos individuales que componen este texto se ciñen al giro ontológico, éste es acogido con desigual ímpetu por los autores, mostrando ciertas diferencias en el modo de interpretar su material etnográfico, consistente casi exclusivamente de narrativas de orden mítico (no olvidemos que la línea donde se inscribió

este ensayo prescribía justamente el registro de cosmovisiones y mitologías). Al menos el criterio etnolingüístico empleado aquí tiene el mérito de aprehenderse en términos relacionales. Ello no ocurre en el *Atlas etnográfico de Puebla*, donde los pueblos indígenas aparecen en virtud de la estadística, como patrimonio del estado poblano.

Después de todo la “Sierra Norte de Puebla” se abordó de entrada como una *región*, contenida en el estado de Puebla. Desde sus orígenes existió al interior del PNERIM un equipo regional “Puebla” bajo la coordinación de Elio Masferrer, quien integró distintas porciones del estado poblano como *regiones* (cada una compuesta por subregiones), mismas que se dibujan claramente en el caso del *Atlas etnográfico de los pueblos indígenas de Puebla (op.cit.)*.⁵ Llama la atención por ello que pese a tratarse de un texto etnográfico, el *Atlas de Puebla* no ofrezca un planteamiento teórico que permita abordar fenómenos culturales (como puede ser la vida religiosa o la territorialidad misma) sin una delimitación espacial que responda a las mismas dinámicas estudiadas: fueron las propias fronteras político-administrativas del estado de Puebla las que definieron el universo de estudio.⁶ Quizá por tratarse de una obra de divulgación, no se advierte ningún argumento etnológico que justifique este respeto por las fronteras político-administrativas, algo que tampoco hicieron los demás autores en el caso de los otros textos.⁷ De las tres obras aquí reseñadas, ciertamente el *Atlas de Puebla* es el único que se decantó claramente por aplicar ciertos criterios a fin de identificar regiones y subregiones. Sin embargo, dichos criterios son básicamente ecológicos, de modo que las regiones parecieran ser reconocidas antes que construidas metodológicamente.⁸

³ Destaca por supuesto el papel de la lengua como un indicador del carácter indígena, aun cuando dicho criterio jamás se reivindica explícitamente.

⁴ A partir de dichas narrativas los autores sistematizan los contrastes entre humanos y no humanos (especialmente los animales de monte, los *tepehuanimej*). Relaciones contrastivas que se presentan en términos relativos, cifrados en función de una cadena trófica (cazadores-presas), de donde los autores desprenden diferencias de orden ontológico (las que evidentemente trascienden el tradicional contraste entre indígenas y mestizos).

⁵ A juzgar por el artículo inicial, “Los indígenas, las regiones poblanas y sus agroecosistemas” redactado entre Elio Masferrer y Miguel Ángel Martínez (†) (2010), se desprende que serían ellos quienes dividieron así al estado, en función de accidentes geográficos, rasgos ecológicos y lingüísticos.

⁶ Ello a pesar de reconocer las estrechas interacciones entre los pueblos de habla totonaca y náhuatl que viven en la Llanura veracruzana (convencionalmente denominada Totonacapan), y aquellos que habitan lo que los autores identifican como “Sierra baja”, “Declive del Golfo”, o incluso “Zona cafetalera”, subregiones pertenecientes a lo que denominan “Sierra Norte”.

⁷ Como en otros casos del mismo Proyecto de Etnografía, serán estos criterios los que operen como eje de la regionalización. Será pues al interior del estado y a partir de factores socioeconómicos, históricos, ecológicos y orográficos, que el equipo de Elio Masferrer dividió dicha entidad en seis regiones: Sierra Norte, Llanos de San Juan y San Andrés, Valle Poblano, Valle de Tehuacán, Valles de Atlixco y Matamoros, y Mixteca.

⁸ De esta manera, a partir de factores fisiográficos, socioeconómicos y etnolingüísticos, Elio Masferrer y Miguel Ángel Martínez dividieron al estado en seis regiones: Sierra Norte, Llanos de San Juan y San Andrés, Valle Poblano, Valle de Tehuacán, Valles de Atlixco y Matamoros, y Mixteca.

Efecto del filtro metodológico es que estas regiones no se presentan como *indígenas*. Claramente en la perspectiva de los coordinadores del *Atlas* poblano, las regiones existen al interior del estado, pero no se aclara si los estados se integran a partir de ellas. En el caso específico de la Sierra Norte, los autores la dividen en cuatro subregiones definidas nuevamente en función de características fisiográficas (con excepción de una definida por ser un agroecosistema): la Sierra Alta o Bocasierra, la Zona cafetalera, la Sierra Baja o Declive del Golfo y el Declive Austral de la Sierra. Es de llamar la atención que ninguna de estas definiciones repara en configuraciones étnicas, lingüísticas o etnopolíticas.⁹ En realidad, el *Atlas de Puebla* mantiene la inercia de otras obras etnográficas donde tampoco se discutió la pertinencia de problematizar la dimensión de lo regional. Así, a pesar de la destacada presencia de la Sierra Norte de Puebla en la literatura etnográfica, no hay muchas obras que problematicen su análisis como constructo epistémico, y en dado caso suelen acudir a la historia para dar cuenta de la *región*.¹⁰

No está claro sin embargo cómo es que los antecedentes históricos de la Sierra podrían justificar por sí el tratamiento de estos pueblos como una región “Sierra Norte de Puebla” en términos útiles a la etnología. Lo cierto es que la Sierra Norte de Puebla ha tenido en el PNERIM una presencia un poco accidentada, definida en términos a todas luces convencionales y en dado caso como una *región histórica* que poco se cuestiona. Si bien el *Atlas de Puebla* recupera algunos elementos históricos, no parece adoptar una perspectiva regional fincada en la historia.¹¹ En todo caso, a partir de ese primer filtro ecológico y fisiográfico, los autores parecen seguir un principio de regionalización al modo en que lo planteó Eric Van Young

(1987) como regiones históricas, donde cada centro político se erige como el centro de una variada actividad económica dominada por el contexto ecológico.¹² En este sentido, de haber un principio articulador del espacio, éste sería la relación hombre-naturaleza definida en términos básicamente económico-productivos. La ecología política figura así en el horizonte teórico del atlas poblano. A partir de ahí se abordan las variables económicas, sociales, políticas y étnicas existentes en las subregiones. Con esa articulación entre sistemas agroecológicos y las variables “humanas” se describe el espacio serrano organizado en comarcas, definidas sobre todo por sus perfiles económico-productivos.¹³ Será a partir de ahí que según los autores, la población campesina (independientemente de su filiación etnolingüística) ha desarrollado una diversidad de estrategias en el manejo de los ecosistemas, al modo de una *complementariedad ecológica* que los autores retoman de John Murra y Ramiro Condarco, en relación al control simultáneo por un determinado grupo social (que no étnico) de diversos pisos ecológicos geográficamente dispersos (Masferrer y A. Martínez, 2010: 37). Es de destacar que en todo el volumen no exista un solo apartado dedicado a algún grupo etnolingüístico: todo gira en torno a diversas formas de organización internas (la cosmovisión, los sistemas de parentesco y compadrazgo o las artesanías).

Algo distinto ocurre en el caso del ensayo coordinado por Pablo Valderrama y Manuel Uribe (*op.cit.*), quienes si bien parecen ceñirse de entrada a las fronteras político-administrativas del estado veracruzano, dividen este extenso estado en una porción norte (correspondiente a lo que convencionalmente se ha reconocido como Huasteca veracruzana), una porción central que corresponde al Totonacapan histórico (donde el equipo veracruzano suele añadir a su registro las porciones serranas totonacas pertenecientes al estado de Puebla, especialmente Cuetzalan),¹⁴ y finalmente la vertiente sur del estado golfino. Llama la atención entonces que, a diferencia de la regionalización formulada por el equipo de Elio Masferrer,

⁹ Incluso en el caso de la “zona cafetalera” sería difícil advertir aquí alguna configuración social específica toda vez que se colocan poblaciones con formas de organización profundamente distintas bajo una misma categoría y sin aparente vínculo entre sí, más allá de producir café (por ejemplo Pahuatlán y Cuetzalan).

¹⁰ Como suele ocurrir, las etnografías suelen plegarse a los antecedentes históricos un tanto acríticamente, acudiendo a las investigaciones de diversos historiadores como puede ser la célebre obra de Bernardo García Martínez (1987), que parece ser un puerto seguro desde donde las últimas generaciones de etnólogos que trabajan la Sierra Norte de Puebla suelen partir para incursionar en la Sierra.

¹¹ Sin embargo, en ningún momento se aclara en el *Atlas* cómo es que los antecedentes históricos habrán de incidir en los procesos etnográficos registrados (ya no digamos en su registro), ni cómo se expresan los procesos históricos en términos culturales y etnográficos.

¹² A partir de la identificación de diecinueve agroecosistemas en todo el estado, se plantea que las cuatro subregiones contenidas en la Sierra Norte de

Puebla articulan hasta nueve agroecosistemas distintos, en donde yace la heterogeneidad “natural”, “productiva” y “humana” de la Sierra, mientras que ninguna de estas dimensiones constituye un sistema aislado.

¹³ Los autores plantean que los agroecosistemas configuran espacios que tendrían una escala similar a lo que en geografía se denomina comarca, donde se combina un medio natural peculiar con diversos grupos de hombres que en muchos casos poseen distintos bagajes culturales y étnicos, así como diferentes grados de acumulación de capital y recursos técnicos y humanos (Masferrer y Martínez, *et al.*, 2010: 38).

¹⁴ De modo que el Totonacapan que presenta el equipo veracruzano, incorpora una parte de lo que el equipo coordinado por Elio Masferrer define como



Observación participante en limpia. Zapote Bravo, Ixhuatlán de Madero, Veracruz, 13 de septiembre de 2015. Autor de la foto: Jonatan Cerros.

circunscrita a los límites estatales, el equipo veracruzano retoma en su texto, una regionalización que parece más atenta a la “tradición histórico cultural”, donde distingue dos regiones: por un lado, el “Totonacapan” y por el otro, el “Sur de Veracruz”. En principio los autores hablan de “culturas del Golfo”, erigiendo al litoral atlántico en una “macro-región” de la cual nunca se especifican ni discuten características, a no ser su lugar como un contenedor de “culturas”.¹⁵

En el caso del Totonacapan, y a diferencia del *Atlas* poblano, los autores privilegian criterios más etnológicos en la definición de lo regional al advertir su composición multiétnica: además de los pueblos de habla totonaca, la vertiente sep-

tentrional del Totonacapan también alberga pueblos nahuas, otomíes y tepehuas, mismos que configuran precisamente al área que en otros casos se identificó como “Huasteca sur”, y que eventualmente se convertiría en otro equipo etnográfico dentro del PNERIM (cfr. Trejo *et al.*, 2014). Un área multiétnica que de algún modo comprende el margen occidental de lo que el equipo de Elio Masferrer definió como “Sierra Norte de Puebla”, incluyendo la “Sierra otomí-tepehua” también.¹⁶ En la comprensión del Totonacapan, los autores del equipo veracruzano formulan como principal criterio de regionalización, su dinámica interétnica. El Totonacapan se definiría así en función de dichas relaciones (entendidas básicamente a partir de los rótulos etnolingüísticos), en torno a los flujos de mercancías, actividades políticas, prácticas rituales e incluso vínculos matrimoniales. Relaciones que configuran un *sistema interétnico* compuesto por dos subsistemas, según la terminología aportada por Cardoso de Oliveira: uno signado por su *simetría* (relaciones igualitarias entre distintos grupos etnolingüísticos), y otro cifrado por su desigualdad jerárquica (que comprende las relaciones *asimétricas* y de dominio que mantienen con el Estado y la “sociedad global”).

Pese a ello, los autores traicionan su modelo, toda vez que, para identificar los límites de este sistema, terminan apelando a las fronteras del Totonacapan definidas por “la presencia de una tradición cultural vinculada con la extensión histórica de los pueblos totonacos”. La historia vuelve a imponerse (Ochoa, 1989; Gatti y Chenaut, 1987). Al menos los autores del equipo veracruzano sí logran ponderar que esa compenetración interétnica *regional* se presenta como una *complementariedad cultural*, misma que parece ser la versión culturalista de aquella *complementariedad ecológica* postulada por el equipo de Elio Masferrer en el *Atlas de Puebla* definida a partir de los agroecosistemas. Sin embargo, en el caso del equipo veracruzano, aquélla *complementariedad cultural* fincada en su sistema interétnico *simétrico*, da pie a los autores para plantear sin más una “cultura regional” hablada en varias lenguas.¹⁷ Evidentemente el asunto de las fronteras entre Huasteca, Sierra Norte de Puebla y Totonacapan es algo problemático: “... estas comunidades forman el área de transición entre el Totonacapan, los otomíes de la Sierra Oriental de Hidalgo y los tepehuas del sur de la Huasteca. Sin embargo, en esta parte de la región no está claramente delimitada desde la perspectiva de la interacción étnica, es decir, hay una continuidad de la interacción étnica que

Sierra Norte de Puebla. Ninguno de ambos equipos se detiene en explicar o discutir el aparente traslape de regiones.

¹⁵ Algunos autores han aludido precisamente al Trueno Viejo, elemento protagónico del paisaje, como uno de los principales ejes de articulación regional (véase por ejemplo Trejo y Lazcarro, 2016).

¹⁶ Es decir, la sierra oriental hidalguense abordada por el *Atlas etnográfico del estado de Hidalgo* coordinado por Lourdes Báez y su equipo (Báez *et al.*, 2012).

¹⁷ Algo que se llegó a plantear en términos semejantes para la misma área, por el equipo Huasteca Sur coordinado por Leopoldo Trejo (cfr. Trejo *et al.*, 2014).

no existe en otras fronteras de la región” (Valderrama *et al.*, *op.cit.*: 298). Por desgracia, los autores no muestran el mismo cuidado metodológico en relación con esa *región* identificada llanamente como “sur de Veracruz”, a no ser su ubicación austral con respecto al estado, de donde se desprenden algunas complicaciones evidentes. Es cierto que en este texto los coordinadores del equipo veracruzano ofrecen como marco teórico los planteamientos de Frederik Barth en torno a las identidades étnicas en función de fronteras y contrastes, siendo su manifestación espacial los “territorios”. Sin embargo, no queda claro cómo una formulación territorial podría vincularse con el concepto de región: al parecer los coordinadores asumen que la “región” tiene como último asidero una formulación territorial identitaria. De manera que el texto proyecta así una visión escalar de lo regional atado a dichas definiciones, desde lo local a lo global, colocando del lado de los pueblos veracruzanos el supuesto de una región “Sur de Veracruz” que es evidentemente insostenible.

Sostener el modelo estatal como referente primario conduce a problemas semejantes. Es significativo que en el caso del *Atlas etnográfico de los pueblos indígenas de Veracruz*, coordinado por Hugo García Valencia e Iván Romero (2009), ocurra algo distinto: nuevamente aparece el Totonacapan, pero junto con la Huasteca veracruzana (la porción norte del estado), mientras que casi se ignora la vertiente sur del estado.¹⁸ Sin embargo, en la revisión etnográfica de los pueblos de la Huasteca sólo aparecen aquéllos correspondientes al estado de Veracruz y se eluden los estrechos vínculos con aquéllos oriundos de Hidalgo o San Luis Potosí (por no hablar ya de aquéllos de Puebla, específicamente los de la Sierra Norte).¹⁹

Si bien es cierto que en conjunto no hubo ningún ejercicio serio por definir los criterios desde donde se aprehenderían las regiones que aquí nos competen (algo que se puso de manifiesto en la elaboración de los atlas etnográficos, tanto de

Puebla como Veracruz), ese silencio sirvió para que se precipitaran sin empacho criterios etnográficos, históricos, lingüísticos, políticos y administrativos (dando origen a diversos volúmenes cuya confección resulta un tanto caótica), donde cada coordinador privilegió ciertas vías de análisis a fin de presentar (a veces) una perspectiva de conjunto sobre entornos muy heterogéneos. Vemos así que en el PNERIM, la región es (tal como ocurre en el caso de la Sierra Norte de Puebla) un marco donde se presentan diversas manifestaciones culturales acogidas desde una óptica fundamentalmente comunitaria, que sin mayores problemas salta de lo local a lo global sin dar cuenta de procesos intermedios y sin problematizar la existencia o relevancia de la “región” en sí. No fue sino tras la salida de Elio Masferrer del proyecto nacional que encontramos a la Sierra Norte de Puebla como una “región” etnográfica por derecho propio, digna de un lugar específico dentro del PNERIM y sin depender de criterios administrativos ni estatales, con un equipo de etnógrafos ahora bajo la coordinación de Saúl Millán, quien sumó así un nuevo abordaje de las mismas localidades serranas, pero bajo un enfoque muy distinto, como podremos advertir en el caso del ensayo “Cosmovisiones en el mundo nahua”.

Sin embargo, en este ensayo la *región* Sierra Norte de Puebla se oscurece tan pronto se le enuncia, toda vez que en sus líneas la “Sierra” (una “extensa cordillera de la Sierra Madre Oriental”) se asume como simple referente geográfico sin mayor precisión metodológica. Peor aún, el universo de análisis se sirve de una categoría etnolingüística sumamente amplia, lo “nahua”, despojada en apariencia de cualquier vínculo con su contexto espacial e interétnico. De modo que cuando se presenta el estudio etnográfico de lo que los autores definen como la *ontología* nahua, en ningún momento se justifica este desplazamiento del patrimonio lingüístico a la pertenencia de una cultura y mucho menos de una ontología. Ni se explica por qué prescindir de datos etnográficos relativos a los pueblos de habla totonaca y otomí con los que sus sujetos de estudio mantienen estrecho contacto, ni porqué omitir información relativa a cualquier otra población de habla nahua en el país. Luego entonces resulta un tanto oscura la lógica que determinó la integración de textos colocados bajo el único membrete de “lo nahua”, en virtud de una etnografía que se limitó a seguir un patrón etnolingüístico que recorre la sierra de occidente a oriente, sin ofrecer mayor asidero teórico o etnográfico que justifique metodológicamente este sesgo espacial (o lingüístico). Al eludir el carácter regional como una parte constitutiva del fenómeno estudiado (y al abordar la cosmovisión entendida como cultura, desdoblada en *ontología*), los autores parecen asumir de facto la correspondencia entre una *ontología*, en términos que se presumen cercanos a

¹⁸ En este caso, la obra no sólo se traslapa con el *Atlas* coordinado por Elio Masferrer, sin explicitar nunca los criterios desde dónde se aprehende el Totonacapan, sino que también repite algunos tópicos y lugares abordados por el *Atlas de la Huasteca y semidesierto queretano* coordinado por Julieta Valle, Diego Prieto y Beatriz Utrilla (2012). Al parecer en el *Atlas* veracruzano, los coordinadores se plegaron simplemente a los usos convencionales de lo que se reconoce como “Totonacapan” y “Huasteca” sin mayor problematización que las fronteras del estado: sin incluir la Sierra Norte de Puebla en el primer caso (pese a que según esas mismas convenciones debiera contemplarse como parte del Totonacapan).

¹⁹ A este respecto, es posible que la obra donde se asumió mejor el reto por ofrecer una visión coherente, con una perspectiva regional sustentada en factores tanto históricos como etnográficos, sea precisamente el *Atlas de la Huasteca y semidesierto queretano* coordinado por Julieta Valle, Diego Prieto y Beatriz Utrilla, y del cual ofrecemos una reseña en otro lugar.

los de Philippe Descola (2012), y una identificación etnolingüística (nahua).²⁰ Correspondencia que sin embargo (y de un modo un tanto contradictorio), se ciñe de todas formas a las viejas convenciones regionales (pues en efecto los autores no abandonan “la Sierra”), sin jamás discutir ni explicar su lugar dentro del texto.

Al final, la presencia de la “Sierra Norte de Puebla” como región en el PNERIM se ha debatido entre criterios etnolingüísticos y fisiográficos, pero sobre todo en función de límites estatales. Vemos así que mientras en el ensayo “Etnicidad y movimientos etnopolíticos en Puebla” escrito para el *Atlas etnográfico de Puebla*, se acopia información etnográfica correspondiente a todo el estado de Puebla, ignorando otros criterios (sean de orden etnológico o simplemente teórico). A diferencia de los textos elaborados por el equipo coordinado por Elio Masferrer, o bien los ensayos producidos por el equipo Veracruz, en los que se reconoce la preeminencia del materialismo cultural y la ecología política, en el caso del ensayo escrito bajo la coordinación de Saúl Millán, la relevancia del entorno material y eco-geográfico pareciera diluirse en coordenadas lógico-estructurales, siendo un criterio lingüístico el aval de lo indígena. Ello termina oscureciendo la dinámica interétnica que fuera tan relevante para los otros textos (ni totonacos ni otomíes aparecen). A tal punto se prescinde del soporte material y del paisaje en la comprensión de la ontología nahua, que el entorno sólo se recupera abstraído al interior de un complejo cosmológico (pues tal es el objetivo específico del texto).²¹

Lo cierto es que lo descrito hasta aquí en relación con los textos producidos por los equipos regionales coordinados por Elio Masferrer, Pablo Valderrama, Manuel Uribe y Saúl Millán, podrá permitirnos una primera aproximación del tipo de problemas, contrastes y omisiones que describen muy bien los alcances y límites epistémicos con que se condujo el PNERIM a lo largo de los años. La tensión entre los conceptos de *región*, *cultura*, *lengua* y *etnia* son evidentes en cada uno de los casos. Por un lado, hemos visto que Pablo Valderrama y Manuel Uribe evocan una “macro-región” tan sólo definida en función de carácter litoral: el Golfo. Jamás se desprende de ahí alguna consideración sobre los procesos socioculturales referidos en sus ensayos. Si bien la lengua no opera como criterio articulador (toda vez que entre esas “culturas” del Golfo hay pueblos de habla náhuatl, totonaca y tének entre muchos otros), re-

sulta evidente que el espacio tampoco ofrece asidero. No hay consecuencias teóricas que conduzcan a una reformulación de lo regional. En todo caso, la relación con el espacio se ciñe a dinámicas intercomunitarias, un paisaje ritual del que se insiste no ser “cartesiano”, pero acogido en términos puramente descriptivos.

Por otro lado, si vemos que los rasgos fisiográficos y ecológicos sirvieron al equipo de Elio Masferrer como indicadores regionales, es porque en ellos este equipo advirtió un modo de aprehender sus diversidades. Vemos por ejemplo que para entender las regiones y los agroecosistemas que contienen, los autores partieron de la identificación de subregiones naturales por un lado, y “centros rectores” controlando un *hinterland*, su zona de influencia y control, por el otro. Articulación política que, sin embargo, tampoco tiene efectos regionales.²² Al parecer, para los coordinadores de la obra (Masferrer, Mondragón y Vences, *op. cit.*) los centros políticos no definen las regiones, sino las actividades productivas (como la siembra del café), y los rasgos ecológicos (como puede ser una llanura o el declive austral de la sierra). En consecuencia, a pesar de que el *Atlas de Puebla* (y diversos ensayos coordinados por Elio Masferrer) perfila un complejo campo político de actores enfrentados, disputas por recursos escasos y territorios étnicos definidos en función de principios agroecológicos, todo ello no parece tener consecuencias en la formulación de alguna propuesta con perspectiva regional.

Será a partir de las disputas por los mercados, rutas de comercio, monopolios económicos y productivos, que se explican las distintas formas de explotación de la tierra y de organización para la producción, de donde se configuran diversos complejos culturales, como las relaciones hombre-naturaleza (que no pasa de ser una mera explotación de recursos), así como relaciones productivas específicas, en función de las cuales se organizan los distintos grupos humanos y las clases sociales. De modo que será a partir de esta regionalización ecológica y socioeconómica (ceñida por límites estatales), que se explica el desarrollo desigual de las vías de comunicación al interior de un juego sociopolítico (interétnico). Los autores advierten al interior de este panorama económico-productivo, claras diferencias organizativas, contrastes especialmente significativos entre el oriente y el occidente serrano, que sin embargo no animan un ejercicio comparativo estructural, ni un ejercicio de síntesis analítica que permita comprender las

²⁰ Un ejercicio de síntesis que deviene en una cierta simplificación analítica, un poco al modo sapir-whorfiano en que se identifican las fronteras entre lengua y cultura.

²¹ La relación con el espacio se presenta como esa división vertical del cosmos con la tierra (*tlaltikpac*), en medio del *ilwikak* y el *tlalokan* o *miktla* (cfr. Millán *et al.*, 2014: 230). Una arquitectura básica a la que por desgracia escapan mayores asideros geográficos, y sin efectos regionales.

²² Conviene advertir que esas áreas de influencia bajo el dominio de aquellos “centros rectores” (como puede ser Zacatlán, Tetela o Chignahuapan) suelen abarcar diversos agroecosistemas, de modo que no se plantea algún tipo de correspondencia entre un agroecosistema y su articulación política a nivel regional.

diferencias como expresiones de un sistema que pueda explicar la región más allá de la historia o sus accidentes geográfico-productivos.

Respecto al ensayo coordinado por Saúl Millán, quizá el más ambicioso en términos teóricos, es también el que nos ofrece las tesis más problemáticas, aunque también las más audaces. Este ensayo tiene la virtud de aplicar un análisis de orden estructural a un área donde habían predominado los enfoques culturalistas usualmente constreñidos a estudios de caso en entornos comunitarios. Por desgracia los autores privilegiaron el registro de categorías antes que su relación con el entorno inmediato. Tampoco está de más advertir que obviaron determinar las herramientas metodológicas mediante las cuales erigieron su área de estudio, de modo que, en vez de un estudio etnológico de alcance regional, el ensayo aspira a consagrar un abstracto sistema de representaciones *nahua*, casi ahistórico y que sin decirlo sigue de cerca al modelo mesoamericanista de Alfredo López Austin, de perfectas simetrías cosmológicas y arquitectura inmutable, aunque de orden ontológico.

De hecho, los autores del ensayo (algunos más que otros) se vuelcan decididamente por la aplicación del perspectivismo amazónico de Eduardo Viveiros de Castro, lo que no deja de presentar cierta dificultad metodológica, toda vez que son las analogías lo que parece orientar la investigación (al modo propuesto por Descola, como un sistema clasificatorio), y no los modos de conocer efectivamente enunciados por los especialistas entrevistados (vía epistémica que diera lugar al perspectivismo amazónico), de modo que se atribuye la misma trama de perspectivas intersubjetivas amazónicas al contexto serrano (cfr. Millán *et al.*, op. cit., 215, 225).²³ Un perspectivismo serrano que no obstante, al ceñirse a la narrativa mítica, suele pasar por alto las interacciones efectivas con otros grupos sociales (como los hablantes totonacos y otomíes), las prácticas económicas y políticas, o las relaciones con la Iglesia y el Estado. El universo cultural parece reducirse a la exégesis registrada por el antropólogo, en un tipo de ejercicio etnográfico semejante a una cacería discursiva del “repertorio analítico” que sirve de soporte a cada sistema cultural, las *nociones, representaciones y analogías* en los que se presume reconocer el “*pensamiento nahua*”, visiones del cosmos que son también *teorías*, cuyas variaciones son origen de “cosmovisiones” que no obstante su variación, dan cuenta de una misma ontología. La tentación de confundir entre cultura y ontología sigue siendo fuerte (cfr. Carrithers *et al.*, 2010).



Leopoldo Trejo e Israel Lazcarro. Tenango de Doria, Hidalgo, 20 de marzo de 2017. Autora de la foto: Karina Munguía.

Eventualmente el corredor interserrano de pueblos por habla nahua define un “corredor cultural” compuesto de diferentes cosmovisiones, donde destacan las diferencias entre el extremo occidental y el oriental, con énfasis desigual entre el *Miktlán* y el *Tlalokan* como destino post-mortem de las almas.²⁴ De hecho, es este contraste entre *Miktlán* y *Tlalokan* uno de los pocos vectores que sugiere una problematización regional, donde según el mismo Iván Pérez intervienen procesos históricos desiguales al punto de postular dos tradiciones culturales distintas (Millán *et al.*, op. cit.: 241-242).²⁵

Sin duda los materiales en cuestión se prestan a ejercicios de análisis mucho más amplios de lo que estas breves líneas permiten. En todo caso, se advierte en la producción editorial del PNERIM, en relación con un área de estudio de por sí compleja, el cruce de miradas en modo alguno coincidentes. En un caso, vemos en el ensayo consagrado a los pueblos veracruzanos, coordinado por Pablo Valderrama y Manuel Uribe, que pese a la formulación de un sistema interétnico (de naturaleza indeterminada), termina por convertirse en una mera descripción de territorios “indígenas”, sin mayor atisbo de otras formas de articulación que permitieran dotar de mayor complejidad sistémica a su perspectiva regional. Por su parte, el *Atlas etnográfico de los pueblos indígenas del estado de Puebla*, coordinado por Elio Masferrer, Jaime Mondragón y Georgina

²³ Para documentarlo, el mismo Saúl Millán presenta el perfil antropomórfico de ciertas entidades no humanas como evidencia de una *perspectiva* intersubjetiva al modo amazónico (Millán *et al.* op. cit.: 214).

²⁴ Ello da pauta a Saúl Millán para advertir un contraste entre una visión “única del alma” entre los nahuas occidentales, y la existencia de “múltiples entidades anímicas” entre los nahuas orientales (*Ibid.*, 211-212).

²⁵ De donde resultan algunas cuestiones que por desgracia quedan sin respuesta, empezando por la naturaleza de estos contrastes culturales entre las vertientes oriental y occidental de la Sierra. Si se trata de un “corredor cultural” que pueda pensarse también como un corredor ontológico, cuya existencia estaría determinada acaso por su contexto serrano o bien podría identificarse llanamente como “nahua”.

Vences, si bien tiene la virtud de incorporar a los *mestizos* en el análisis de la dinámica intrarregional, los textos proyectan un panorama anecdótico limitado a la descripción de pequeños enclaves políticos sobre un mapa ecológico diverso, con todo y que también reconoce un contraste entre las organizaciones de la vertiente oriental de la Sierra frente a lo que ocurre al occidente. Algo que por desgracia, el enfoque casi filosófico del equipo de Saúl Millán tampoco recuperó tras advertir un contraste espacial análogo entre dos “tradiciones culturales”. Si bien este tipo de contrastes podrían problematizar las dinámicas internas entre pueblos (que se supone comparten una misma ontología), con miras a una síntesis regional que pudiera integrar a otros pueblos (sean o no de habla náhuatl), ello se clausura ante la tentación por un sistema filosófico más o menos cerrado.²⁶ Tenemos así que mientras al texto coordinado por Pablo Valderrama y Manuel Uribe, donde sólo se advierten territorios indígenas (y una regionalización definida por la historia), o bien el *Atlas* coordinado por Elio Masferrer y su equipo, con su conglomerado de fuerzas políticas asidas al territorio (acotado por fronteras administrativas), falta una perspectiva sistémica del conjunto, mientras que al ensayo coordinado por Saúl Millán “sobra” esa *voluntad de sistema* en detrimento de los asideros materiales, eludiendo así una perspectiva regional más amplia.

Referencias bibliográficas

- Báez Cubero, L., G. Garret Ríos, D. Pérez González, B. Moreno Alcántara, U. J. Fierro Alonso y M. G. Hernández García, (Coords.) (2012) *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*. México, INAH/Gobierno del Estado de Hidalgo/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- Carrithers, M. *et al.*, (2010) “Ontology is Just Another Word for Culture: Motion Tabled at the 2008 Meeting of the Group for Debates in Anthropological Theory”, *Critique of Anthropology*, University of Manchester; Vol. 30 (152) Recuperado en: <http://coa.sagepub.com/content/30/2/152>.
- Descola, P., (2012) *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.
- García Martínez, B., (1987) *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México.
- García Valencia, H. e I. Romero, (Coords.) (2009) *Los pueblos indígenas de Veracruz. Atlas etnográfico*. México, INAH.
- Gatti, L. y V. Chenaut, (Coords.) (1987) *La costa totonaca. Cuestiones regionales*. México, CIESAS.
- González, S., (2015) “Antropología y el estudio de las ontologías a principios del siglo XXI: sus problemáticas y desafíos para el análisis de la cultura” en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época III, Vol. XXI, Núm. 42, Colima, invierno de 2015, pp. 39-64.
- Lazcarro, I., (2016) “Re-valorizaciones: trabajo y producción de paisajes en tiempos de crisis. El drama de la biopolítica capitalista en la Sierra Norte de Puebla” en Lazcarro, I. *et al.*, (coord.), *Ensayo teórico para la línea de investigación Pueblos indígenas y procesos Socioambientales [en dictamen]*, México, INAH.
- Lazcarro, I. *et al.*, (2018) “Caleidoscopio de la discriminación. Dilemas morales, discursos y prácticas de la diferencia en la Huasteca sur y Sierra Norte de Puebla”, en *Ensayo etnográfico para la línea de investigación Diversidad cultural, discriminación y desigualdad en las regiones indígenas de México*, [en dictamen]. México, INAH.
- Masferrer, E., Mondragón, J. y J. Vences, (2010) *Los Pueblos Indígenas de Puebla: Atlas Etnográfico*. México, Gobierno del Estado de Puebla / INAH.
- Millán, S., *et al.*, (2014) “Cosmovisión del mundo nahua” en Good, C. y M. Alonso Bolaños (coords.) *Creando Mundos, Entrelazando Realidades*, Vol IV. México, INAH.
- Ochoa, L., (Coord.) (1989) *Huastecos y Totonacos. Una antología histórico-cultural*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Trejo, L., e I. Lazcarro (Coords.), (2016) *Donde habita el ciclón. Saberes indígenas y defensa territorial en la Huasteca meridional*, [en dictamen]. México, INAH.
- Trejo, L. *et al.*, (2014) *Sonata ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*. México, INAH.
- Valle, J., B. Utrilla y D. Prieto, (Coords.) (2012) *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano*. México, INAH/Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.
- Van, Young E., (1987) “Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas” en *Anuario*, Vol. 2, Argentina, Instituto de Estudios Histórico-Sociales.
- Valderrama, P. y M. Uribe, (Coords.) (2005) “Procesos de identidad y relaciones interétnicas en dos regiones indígenas de la Costa del Golfo” en *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. IV. México, INAH.

²⁶Al postular una solución de continuidad entre lengua-cultura-ontología, los autores de las “Cosmovisiones en el mundo nahua” quedan casi atrapados en un castillo de esquemas lógicos del que difícilmente escapan para dar cuenta de las interacciones efectivas que se dan entre pueblos de diferentes lenguas, con actividades productivas, prácticas económicas y expresiones políticas diversas, pero claramente articuladas.